

VEN A BUSCARMÉ

I

Por

Carmen Montalbán

LA LEYENDA

Allá por 1600, cerca de Buenos Aires, un indio querandí muy bravucón se fijó atónito, inmóvil, como de hielo, en la potranca que miraba nacer. El endeble cachorro criollo le asentó el juicio para siempre. Era vástago de una purasangre inglesa y del caballo andaluz de un adelantado cordobés. Al indio lo conocieron con el nombre de Bagual, el Indómito, aunque ya toda la vida anduvo hechizado por Auca, la yegua. La husmeaba

agazapado en el único accidente bajo la luna, en el pliegue limpio y agudo de un horizonte sin fin que acoplaba cielo y tierra. Con dulces guiños y los dedos como midiendo a palmos el aire, graduaba, en la distancia, cada estirón de Auca, que maduró salvaje, briosa, con gran alzada y buen aplomo.

Según el pueblo querandí, Auca habría mudado ya los dientes la tarde que sorprendieron a Bagual gimiendo por su yegua. Un vuelo de pájaro mediaba entre ellos, pero ese espacio se le hacía tan insufrible, que una mañana lluviosa le echó por fin el lazo a su cabeza moruna y saltó a sus remos almendrados. Auca relinchó y piafó y arqueó el lomo con violencia para arrojarlo de su capa dorada y negra; pero, a la vez que el tiempo amainaba, se sometía ella al domador y acabó durmiendo en su potrero y aprendiendo su lengua y templando con él el paso de los días.

Varias lunas después, cierta noche de invierno, Bagual le habló a su tribu.

—Estoy harto de conquistadores. Antes podíamos perseguir al ciervo hasta que se fuera el sol sin salir de nuestro terreno; ahora os conformáis con sus fronteras. Nos reducen el aire y nos dan trabajo. Sudamos y

doblamos la cabeza para ellos. Estos intrépidos dicen que nos han descubierto y que vienen de un lugar remoto, íde Zaranda, nada más y nada menos! —les gritó en puelche—, pero yo también he descubierto algo gracias a ellos. Os lo aseguro: nos queda mucha tierra por pisar; el fin del mundo está muy lejos. Por eso pido, propongo, exijo, que no nos quedemos quietos en un redil, como hacen sus rebaños; que nos hagamos vagabundos antes que esclavos; que marquemos el polvo con nuestras huellas.

Auca aprobó la arenga del indio audaz agitando sus largas crines y su cuello en arco.

Los querandíes salieron al alba, con yeguas muy bien guarnecidas y sonoros zapatazos; y Auca, feliz de regresar al merodeo, dejó huellas muy hondas a su paso.

Un sol tras otro sol, Auca condujo a la tribu desde el Río de la Plata hasta el estrecho de Magallanes; divisó al sur la Tierra de Fuego y volvió por los Andes. Trepó las sierras de Tandil y la Ventana; el cerro de los Tres Picos y el de las Misiones. Bebió del Paraná, del Colorado y del Pilcomayo, y se bañó en el Atlántico. Saltó ensenadas, llanuras y fiordos, entre monos, jaguares y pingüinos, trotando tan acorde con los sueños errantes

del jinete que, muchos lustros más tarde, cuando descubrieron una estancia para su vejez y Bagual tiró del freno, ella alzó las cuartillas con grandes saltos y respingos y trenzas.

Dicen que Auca y Bagual son nómadas aún; que hoy, todavía —greñuda, rebelona, resabiada, soberbia—, la yegua desobedece al amo y levanta los cuartos delanteros y los posa con ímpetu, y baila y befa y escarba y bracea. Dicen que va arbolándose con su capa dorada por las desnudas praderas; que es un coloso radiante al que jamás abatirá león, y que no hay en las chacras onduladas de la Pampa trabón que sujete su brida ni establo donde se pudran su bocado, sus penachos o su mantilla.

1

EL DESPERTAR DE LA LEYENDA

La leyenda del indio Bagual resurgió en la memoria de María Cruz Salandra el neblinoso día en que cometió la primera y más improvisada de sus barbaridades. Hacía muchos, muchos años, que Hugo Crines, su marido, le había contado la historia por última vez. Él, gracias al relato del querandí y de la yegua, había soñado en su juventud con un

rancho de caballos en la Pampa. María Cruz, por su parte —merced también a los ecos del viejísimo relato—, acudió, esa mañana invernal, a una subasta descabellada.

Aurora Ancheta vendía sus muebles. Aurora Ancheta Quintal, la mujer que —aseguraba— la privó de la recua que Hugo anheló de joven y, en noches alternas, de ese marido soñador que hoy casi no era soñador ni era marido. De modo que María Cruz trató de evocar el nombre del maestro argentino que escribió la leyenda y pujó, sin más contemplaciones, por esa cama infiel y escarlata y dorada en la que Hugo había arropado tercamente a Bagual el Indómito.

Nadie sabía mejor que María Cruz que su maniobra era un disparate; lo que ella no adivinaba aún —ni con toda su clarividencia— es que ése no sería el único. Ni el peor.

* * *

Hugo Fuentes —nadie le llamaba Hugo Crines aún— cumplió los doce años el día que su padre, un albañil arrogante y borracho, descuidó la obra en que trabajaba, irrumpió de un portazo en la clase de geografía y pregonó, altisonante y ampuloso entre los muchachos alborotados, que la tarde de mañana sería la última de su chico en la escuela. Se habló cumplidamente del tirón de orejas que le dio a su hijo para chillarle, contra el pacífico don Hilario, que le había encontrado una colocación de arriero con don Fermín Ancheta; también se habló a rabiar de que el granuja, hartó de las salidas de tono de su padre, le sacó la lengua, le escupió en la nariz y salió maldiciendo del colegio.

Don Hilario, el maestro argentino, no apagó la luz en toda la noche; le amaneció forjando la despedida ante el cuaderno descuadrado de su peor alumno. Dudaba que un escrito fuese el regalo idóneo para ese jovencuelo. A Hugo, las lecturas de clase le sonaban a puelche y no sacaba de ellas más que el abejorreo propicio para sus cacerías de insectos.

María Cruz, que entrevió por las tablillas de la persiana la lámpara azulada del tutor, se preguntó qué vería el joven puelche en su discípulo indócil que valiese tal desvelo. Porque Hugo —Zaranda entera lo sabe— repartía pescozones, se enredaba en peleas, salía por los boquetes de la tapia, y se ponía ranas en la lengua para echarlas por la boca junto a cada palabra. Sin embargo, don Hilario lo había prometido: no se acostaría hasta encontrar en sus viejos archivos alguna leyenda en honor de su marcha. Y no se acostó hasta sacar de sus cartapacios de imaginación a la yegua sobre cuyos lomos afrontaría Hugo —Hugo Crines ya— su primer salario.

El Plumífero —así apodaban los chicos al maestro extranjero— le devolvió a su dueño la libreta por la mañana y le pidió que leyera pasito, con su voz de trueno. Hugo se encaramó al pupitre —altanero y guasón al principio— y, aunque no desentrañó gran cosa, la imagen de Auca rampante y trotona fue lo primero que admiró en la vida. Veía su estampa con solo mirar esa hoja menguada que le abrió el entendimiento a sus doce años y un día. Esa hoja, esa yegua, fue casi lo único que Hugo se llevó de la escuela.

No es de extrañar que el nuevo trabajador llamase Auca a la mula sin nombre que su patrón le asignó para los repartos. María Cruz había oído miles de veces la gracia de la bestia resabiada y torda cuando, una mañana que faltó a la escuela para cuidar la casa —como siempre que madre y sus hijas mayores trabajaban en un enjalbiego—, Hugo se allegó con una arroba de cal en las albardas de Auca.

María Cruz le abrió la puerta; le indicó el paso con un giro de cabeza y siguió sacudiendo el felpudo. Entre tanto, el arriero inexperto llevaba su mula al corral por el empedrado del pasillo y la descargaba junto a las alfombras polvorientas: María Cruz, asombrada de su vigor, farfulló después un adiós seco. Hugo contestó con una cabezada y tiró del ramal, pero Auca, como cavilando bajo un racimo de uvas negras, ni se inmutaba.

—No —repitió María Cruz por quinta vez, golpeando con la estera las ancas de la mula.

—No, no se mueve. ¡Arre, Auca! —gritó él—. ¿Sabes tú lo que quiere decir Auca?

—No.

—Auca quiere decir Feliz. Es un nombre quechua. Bagual, un indio de la Pampa, le puso Auca a su yegua.

Hugo subió al lomo de Auca, le espantó las moscas, se arrancó del bolsillo una hoja rugosa de papel y, poniendo y quitando esto y lo otro a los viajes de la tribu querandí, le contó a María Cruz la vida de Bagual. Creó una atmósfera tan abrumadora, que ella contempló arrebolada y cobarde a ese muchacho imponente, ya por entonces fortachón y arisco. Sus ojos inflamados daban vértigo: mirarlos era como asomarse a un terraplén. Era tal el arrastre de su ensueño, que María Cruz estuvo cerca de gritar un viva y perdió para siempre el miedo a los ataques de epilepsia del hijo de Cirilo. Mucha gente le había visto echando espuma por la boca, pero ella supo que, por la noche, soñaría con él, que estaba ya soñando, pues andaba tan pendiente de su voz encendida, que escuchaba hasta el vuelo de las moscas.

—No hay chacra en la Pampa que la sujete —concluyó Hugo—. ¿A que tú no sabes lo que es una chacra?

—No.

—Es un rancho como el de mi jefe, o puede que más grande, pero en Argentina. ¿A que tú no sabes dónde está Argentina?

—No —dijo María Cruz, abochornada. No hallaba otra palabra en su presencia.

—Yo, cuando sea grande, voy a vivir en América, como dice el cuento. Don Hilario, el maestro, lo ha escrito para mí —suspiró.

Miraba su papel con un orgullo que era casi soberbia.

—Pero Auca no quería vivir en una chacra —vaciló María Cruz—; Auca quería vivir como mi padre, que va con un camión por todo el mundo; o como tú, acarreando caramelos en las ferias.

— ¡Serás imbécil! —gritó él, izando el papelucho como prueba—. Auca quería vivir en una chacra, te lo digo yo. Cuando sea grande me compraré una y criaré mis propios caballos. ¿Qué es eso de andar por el mundo? Las bestias no quieren moverse.

—No, ésta tampoco se mueve.

* * *

Hugo le detalló su cantinela en seis ocasiones más. No eran muchas para treinta y tantos años, pero cada vez añadía elocuencia y pormenores que enredaban a María Cruz en su epopeya. Seis veces bastaron para que se desviviese, como él, por la compra de una chacra. Porque una chacra —hoy también María Cruz lo sabía— era un rincón desgajado del mundo donde sus celos no hallarían rival.

—Aurora Ancheta subasta sus muebles. Se va a Barcelona —le había asegurado su hijo Alejandro aquella madrugada del 95.

María Cruz lloró. Rompió a llorar; pero, en seguida, se vistió con las mejores galas de su hija Chelito; se surtió de píldoras y, aunque no había cogido un coche desde que se sacó el carné, guió la camioneta de Alejandro, el mayor, hasta la esquina del taller de la invencible Aurora Ancheta, su adversaria.

Antes de que amaneciese, había contado ya los pasos a las abrumadoras dimensiones de la plaza de Colón, hasta el sauce de la esquina y, emboscada en el tronco, había presenciado el apagón —ya para siempre— del rótulo azul de ‘Aurora Ancheta, artesana de muñecas’. Lo miraba extinguirse bajo las últimas astillas de un invierno que, de pronto,

parecía haber reventado, cuando reconoció a la sombra que salía. Era Hugo. María Cruz lo vio vagar, después, entre la niebla como un perro sin amo y sospechó —o, tal vez, deseó— que Aurora se iba sola.

Pocos minutos más tarde de que él se perdiera de vista, aclaró la mañana. Empezaban a llegar curiosos y lidiadores para la subasta. Tras dos calmantes más, también María Cruz pasó, con gallardía de millonaria, bajo el rótulo apagado. Crispó los dedos en la bandolera de su bolso de ganchillo. Hurgó entre aquellos muebles de anticuario y, de repente, al descubrir la cama, la leyenda de Bagual resonó en su memoria, como si la oyese por séptima vez de los labios de Hugo.

Porque María Cruz no se engañaba. Durante más de treinta años, Hugo y ella se habían aplicado —bien que intermitentemente— en el estudio de los caballos, Argentina y la Pampa y, hasta que los caballos y la Pampa y Argentina se aletargaron en las doradas aves del paraíso de aquella cama, María Cruz y su marido habían alambrado juntos —seis veces ya— los confines de la Pampa, ese otro paraíso que ahora difícilmente podrían reconquistar. Y todo porque Hugo había renunciado a su mayor deseo por ese lecho exótico de cabecera escarlata. Y todo porque, en esa cama de laca japonesa, sacrificó —seis veces ya— una ambición a la que, de antemano, la había arrastrado a ella.

Finalmente, por fortuna, Aurora Ancheta Quintal se iba de Madrid. Aurora Ancheta se le arrancaba del ombligo. Aurora, que no se formaba una idea de María Cruz, se llevaba a otra parte su serena ignorancia y, acaso, ¡no se atrevería!, a Hugo Crines, el hombre que siempre le disputó sin saberlo.

Apenas la reconoció, María Cruz se dio con ella, como al descuido, y, cordial, decidora, frenética, exclamó:

— ¡Aurora Ancheta! ¿No me conoces? Soy de Zaranda. Tú pasabas allí las vacaciones. ¿No te acuerdas de mí? Ya hace muchos años, pero yo todavía te estoy viendo con tu

vestido rosa. ¡Qué guapa ibas montada en la yegua de tu tío Fermín, con ese muchacho al que llamaban Crines! No, ya veo que no te acuerdas. Me enteré de la subasta y he pasado por aquí. Esa cama...

—Es una *Reina Ana* de laca japonesa —precisó Aurora, muy empinada—. Perteneció a mi tatarabuelo.

—¿Sí?, pues me tiene loca.

De este modo, halagada y risueña, Aurora no exigió que le cruzase el cheque de un millón doscientas mil, y María Cruz cometió la primera y más improvisada de sus barbaridades. Engaño por engaño, se llevó a casa más congojas en esa *Reina Ana* de laca japonesa en la que habían yacido las esperanzas muertas con su boda.

* * *

Los largueros de su nuevo lecho de palacio permanecieron casi una semana estacionados junto a su puerta hasta que, el primer día de primavera, muy temprano, Alejandro, el predilecto de sus dos hijos, que venía a por su furgoneta, la ayudó a sustituir una cama por otra. Hacinó en la habitación vacía los tableros de la que fue de Aurora y empujó los hierros trasnochados de la que fue de su madre —para el arrastre, es verdad— hasta un poco más allá del soportal. La casa de María Cruz era la primera de una calle de viviendas bajas rodeadas por rascacielos que desembocaba en esa arcada de la Plaza del Arroyo, cerca del contenedor de papel junto al que Alejandro abandonó la cama.

—Estás loca —suspiró el chico, a su regreso—. ¿Puedes pagar tú esta antigüedad?

María Cruz respondió:

—Ni puedo ni quiero.

—Entonces —gruñó Alejandro—, ¿de qué va la cosa? Explícamelo: ¿morbo o fetichismo? ¿Por qué te empeñas en que papá te trate como a todas?

—Tú no lo entiendes, cielo; les he puesto una trampa por otra. Cuando Aurora se marche, tu padre volverá a la misma cama que me lo ha entretenido tantos años.

María Cruz hizo una pausa. Lo cierto es que intuía que su marido, a expensas del antojo de la otra, dudaba aún entre el regreso o el abandono terminante del hogar.

—‘Esto querías y esto tendrás’, pienso decirle —añadió, esperanzada—. Pero descuida, que si alguien paga esta antigualla, ése será tu padre. Tú no lo entiendes; por suerte, tú no lo puedes entender, pero ésta ha sido mi última baza.

— ¡Ésta ha sido tu última barbaridad! —gritó Alejandro, dándole patadas a una sábana—. En presidio también hay camas, madre, y te aseguro que no tan exquisitas como tu última *baza* —recalcó—. Si piensas que no van a cobrártela, estás apañada. Papá ya me causa bastantes problemas. Tu amiga, Alba Nagua, ¿te acuerdas?...

María Cruz entornó los ojos y ladeó la cabeza, como si viese a Alba Nagua entre rendijas.

— ¿La del pueblo? —preguntó.

—Nos ha contratado para una reforma —asintió el chico—; pero papá, con sus locuras, hará que nos ponga en la calle sin pagamos ni una perra. Entre él y tú conseguiréis que yo no salga de pobre. ¿Cuánto te cuesta la broma?, ¿medio millón?

María Cruz se abrazó a la almohada y musitó resbaladiza, pero resuelta:

—No me hables así. Te aseguro, Alejandro, que dormiré en la cárcel muy gustosamente con tal de no perderme la cara de tu padre al ver su cama... O la cara de la otra cuando le digan que no hay manera de cobrar mi cheque.

Sin embargo, en el transcurso de aquel miércoles primaveral, antes de que el destino la enfrentara de nuevo a sus fantasmas del pasado, la satisfacción se fue convirtiendo en

duda. A media mañana, ya en el trabajo, empezó a temer que su arranque no beneficiaría a nadie, que ningún armatoste *reina Ana* valía un mal resuello si le quebraba la cabeza con la saña de Aurora, o si la enfrentaba al millón cuesta arriba que la artesana de muñecas cobraría tarde o temprano. ¿Cuál de esas dos camas, la antigua o la vieja, habría soportado más desamor? Preguntádoselo, el plumero se resbaló sin ritmo por los diplomas del doctor Hernán, por los cristales y los frascos de pastillas, por los biombos y el reloj de cucú, ese pájaro tan simple como pintado por un niño. Y, en conclusión, no era la alegría, sino la incertidumbre, la que la obligaba a correr los visillos y a mirar desde allí, cerca de su casa, el somier desfigurado y solitario en que ella, aunque a intervalos, fue dichosa y el Crines, cuando estuvo, fue sincero.

El jefe, harto de su desidia, reclamaba acción: ya que le pusiera alpiste al periquito, ya que limpiase la terraza, ya que ordenase el botiquín, un armario de vidrio junto al biombo, tras del que ella espía algunas tardes las fobias de los pacientes.

María Cruz no obedecía. Por el contrario, en la hora libre del psiquiatra, llamó a su puerta como sonámbula, se reclinó sobre el diván de armiño y desahogó por sorpresa su majadería en la sala impecable que Celso Hernán copió de *2001: una odisea en el espacio* y que a ella se le antojaba un vertedero del subconsciente.

Se diría que la sala le tiró de la lengua. Tumbada en el diván, le pidió al jefe una solución para su última *baza*, un arreglo para su ansiedad, un millón doscientas mil pesetas.

Celso la escuchó con la calma absurda y la mueca altiva, también falsa, a las que se obligaba cada tarde; ante un psicópata, ante un complejo, ante un pirómano cualquiera.

—Tú no estás bien de la cabeza, mujer. No invertiré ni una peseta en tus locuras —dijo, palpándose la calva.

María Cruz salió de la consulta sin aplomo. En las doscientas veinte zancadas de vuelta a su acera, aplastada por el peso de la calle, comprendió que estaba sola; sola con sus lindas ocurrencias, sola con su trampa, sola con su deuda, y sola sin su vieja cama. Bajo el soportal de la plaza del Arroyo quedaba únicamente un revoltillo desolador de revistas y cartones.

Entró en la casa caldeada; apagó el fogón que, por despiste, se había dejado ardiendo; se revolvió sin acomodo en el sillón de enea reservado a su madre; desdobló la costura, encendió el televisor; se deslizó, sin ánimo, por las noticias, y, finalmente, al son de un programa de *karaoke*, inventó su propia letra para aquella descosida soledad.

A ritmo de rumba, copla y pasodoble, ideó un millón doscientas mil maneras de saldar la deuda, y se detuvo al fin en la única posible: su marido. Porque, después de una crisis como aquella, Hugo se convertía en un besucón espléndido que, sin apenas descontar para sus gastos, le entregaba, en efectivo, todos sus jornales.

María Cruz paladeó el beso desfogado, volcánico, a ritmo de *lolailo*, de ese rendido ausente que, si no llevase doble vida, tendría millones de besos más. Alzó la boca y se dio de lleno contra la nostalgia. Seguía sola, pero el cheque sin fondos ya no la inquietaba.

—Tu vieja amiga Alba está forrada, madre; le va mejor que bien —había dicho Alejandro esa mañana—. Tía Claudia ha mudado el herbolario a uno de sus pisos. Alba es la dueña del bloque. Nos dará un millón cuando acabemos la obra.

María Cruz bajó el volumen del televisor, y añadió en su mente las doscientas mil pesetas que faltaban a lo que Hugo le entregase. Después, respiró hondo, entornó los ojos, y pensó en Alba.

De niñas, fueron vecinas. María Cruz solía espiaría a través de las tablillas de una persiana enrollable. Hoy, de repente, una voz interior le decía que no alzase del todo esa

persiana de alivio; que no encendiese la yesca de aquellos días; que esa amistad, que había sido un tesoro, jamás sería una caja de caudales. Así pues, trató de apartársela de la cabeza.

Lo cierto es que llevaba veinticinco años ignorando las nuevas que su hermana Claudia le daba de ella. Sabía, no obstante, que, semanas atrás, Alba Nagua discutió con su jefe sobre la ciencia y sobre la fe en un programa de radio. María Cruz no escuchó el debate, pero su hija aseguraba que Celso ‘le había dado caña a la bruja ésa’. A María Cruz le habían contado que, fuera de antena, ya casi en paz, la curandera y el psiquiatra cruzaron noticias triviales; que Alba charló de reformas en su edificio, y Celso —mejor avenido con el enfermo que con la asistenta— le habló de Hugo Crines, el albañil de Zaranda. A resultas de la coincidencia, Hugo trabajaba en su obra más rentable desde el percance que la epilepsia le creó con su cuadrilla de albañiles; tan prometedora, que saldaría la deuda más absurda que tenía María Cruz.

Así, ¿cómo olvidarse de Alba? Últimamente todos le hablaban de ella, pero María Cruz escuchaba su nombre como un sonido sin traducción. La había conocido el día en que le vino la regla por primera vez y, hoy, estéril ya, mirando por él ojo de la aguja, le parecía que sus recuerdos eran inventados, que los lunares de su garganta y su sonrisa de dientes iguales no eran más que travesuras de algún sueño.

En la televisión, estaban cantando una sevillana. María Cruz cambió el canal por otro avenado y se levantó, agresiva. No daría una puntada en su faldón de lino hasta que no se tomase un calmante.

Miró en la canastilla de retales; desordenó estanterías de yeso; escarbó en la cómoda; desgobernó los calcetines; desapolilló el ajuar; desconchó las cazuelas, el paragüero y las repisas; descabalgó el tapiz del caballo, arrebujó tas perchas y hasta escrutó con la linterna los bajos de la cama nueva, aún desarmada, y levantó la pelusa y el polvo y descalzó las mesillas.

Pero, salvo los antiepilépticos de Hugo, no dio con píldora alguna hasta que abrió el baúl que heredó del padre y, en él, el último bastión de sus recuerdos mozos: *la caja del espejo*, un horizonte de volcanes y sombrillas sobre fondo negro que desalhajó también, mirándolo de lado, como con vértigo. Entre las reliquias de ese galletero, que contuvo cenizas del Brujo hasta que su hija Alba las vertió en el olivar de las Albardas, había dos Aspirinas desmoronadas, un frasco de Tegretol caduco, un círculo blanco de cartón anclado en la tapa y una espiral de estraza, a modo de anillo, que María Cruz extendió cautelosa. Contenía una frase a lápiz —*Ven a buscarme*— y la firma infantil de Alba Nagua.

— ¡Alba Nagua! —exclamó en voz alta luego, reconstruyendo la alianza de papel.

Con ella en el meñique, era imposible resistirse a la nostalgia. La vieja nota de Alba, que en tiempos llamaron telepatía, había surtido más efecto en su conciencia que un elixir de romero.

* * *

El redondel de cartulina palpitaba sobre el lecho negro de la tapadera. Hundió la vista en su aureola blanca y contempló los días extraviados. Vio el arrabal poniente de la entonces aldea de Zaranda. Husmeó los turbios nubarrones del incendio en la dehesa que, un remoto septiembre, sahumó las callejuelas del oeste y alborotó la feria del caballo. Entreoyó el toque a fuego de la campana, los bufidos, extraños, relinchos y espantadas de las bestias, el gorgoteo de agua de las cubas, la tos de voluntarios que bullían tras del humo ondulante, y sintió el carretón de los Nagua atravesando la cortina de humo que partía la vereda, su traqueteo de cachivaches y sus cinco rostros forasteros llenos de tizne y asombro ante el infierno, también asombrado, que los veía materializarse.

El círculo blanco le devolvió a María Cruz el suave perfil de Alba y su sonrisa igualada. La recordó en el último rincón de la escuela, con un silencio como de plomo que acobardaba a los muchachos; la recordó en la biblioteca la tarde que le cuchicheó del Brujo, su padre, y de círculos blancos como éste y de la sangre de las niñas y de que no era cáncer, sino menstruación, lo que tenía María Cruz, y de la mala fama y del placer y de otros asuntos vitales...

María Cruz pasaba muchas tardes estudiando la Pampa y los caballos bajo la bóveda fresca de la biblioteca. Ese día, calcó un ramo para un bordado y hojeaba ya la enciclopedia de animales burlándose del mico. De un tiempo a aquella parte, los monos le recordaban a doña Sole, la extranjera que vagaba por las calles hablando en alemán. El taconeo de Alba le cortó la risa. Entró en la nave, eligió de un anaquel el libro más siniestro y acercó una silla a la enciclopedia. Pero Alba no debió de encontrarle al mico ninguna semejanza con su madre. Hizo un chiste sobre carnavales, abrió su tomo de piel y, ajena ya a la fauna, leyó, bisbiseando:

—Coloque un círculo blanco del tamaño de un yoyó sobre un tapete negro. Mírelo fijamente, concentrándose en la persona con quien desea comunicarse. Desplace su rostro al redondel; pronuncie su nombre y pídale lo que quiera: que le obedezca o no depende sólo del poder de usted.

No había una mocita en la escuela más rechazada que Alba. Alba estaba sola como una penitencia. Por eso a María Cruz, que aún confundía un marginado con un subnormal, le admiró su lectura impecable, perfecta como si hubiera recibido ya las clases del maestro don Hilario. Pero la entonación de su receta mágica auguraba aún mayores prodigios que la receta en sí. Gracias a eso, María Cruz no bromeó con su fe en el círculo blanco; no creía en tales bromas. A ella le fascinaba que la gente hablase de las cosas con pasión. Círculos o yeguas. Así, puesto que era una niña mordaz, gastó el humor en otras curvas: en el aro

del pendiente, en el lunar de la boca, en la gargantilla, en el brazaletes, en la tobillera... De todo se burló, y se deshizo en tales disparates, que el calmoso bibliotecario la echó de la sala. Salió con mil reparos, entre excusas y chanzas, pero antes del adiós definitivo, como quien consiente a un golfo su última diablura, accedió a los deseos de su amiga nueva.

—Está bien —asintió—; prueba si funciona la telepatía. Mira tu círculo y concéntrate en mí, pero pídemme algo que no haya hecho nunca; y mañana, si te obedezco, enséñame la orden por escrito. De lo contrario, no te creeré.

Pero María Cruz también recortó aquella noche su círculo blanco. Trazó con un cuidado inconcebible los rebordes de cera del velón que alumbró su secreto; adoró su rodaja de papel sobre el maletín ahumado de Ramiro Poca Sangre, su padre; y le venció la noche bizqueando, al acecho del perfil desvaído e inquieto de Alba, del aro de su pendiente, del lunar de su boca, de su gargantilla y de su brazaletes.

—Alba Nagua, pídemme que vaya a buscarte a tu carromato por la mañana —dijo solemne, encandilada y exhausta.

Cuando aún no habían dado las ocho, apenas dos horas de sueño después, María Cruz atendió a su propio dictado. Subió la empinada costanilla a poniente de la entonces aldea de Zaranda y, dócil a sí misma, empujó el portalón del carromato, un tablero de corcho sin goznes, grabado a fuego con una leyenda borrosa ya: ‘Lo compro, lo vendo y lo curo todo menos el cáncer’. María Cruz, que no tenía cáncer, sino menstruación, volvió a su niñez temblorosa por la brecha sombría que el cáncer, esa palabra negra, le puso ante los ojos.

—¿Dónde está Alba? —murmuró.

Su voz, inquieta, ruló entre los cacharros del pasillo, barriles de agua bendita, terrones del cementerio, ojos de cristal, vísceras de murciélago y patas de conejo. Unos pasos crujientes y un frufú de almidón acallaron el eco de la pregunta. Era Alba. Traía la mano

cerrada y, en un pulgar entonces tan pequeño como el meñique de María Cruz ahora, este anillo de papel, esta firma, esta orden: ‘Ven a buscarme. Alba Nagua’.

— ¡Alba Nagua! —exclamó hoy María Cruz, tan solemne, encandilada y exhausta como la vez primera.

Si no hubiesen pasado más de treinta años, habría añadido la receta mágica que alimentó su niñez de poderes secretos, ‘¡Pídeme que vaya a buscarte!’, habría dicho y, si el sortilegio funcionaba aún, habría buscado a Alba, se habría cobrado de ella la reforma de Hugo y habría pagado la cama de Aurora Ancheta. Pero, hoy, tan sólo se ajustó al meñique las pálidas instrucciones que, entonces, se ajustó a la vida.

En toda su adolescencia no hubo otro mensaje, sólo ése, que probase sus poderes telepáticos. Alba le pedía que la buscase y María Cruz, que le había pedido que se lo pidiera, obedecía. Era la sierva sumisa que dominaba la mente del amo. Sin embargo, María Cruz había creído en ese juego y jamás le concedió a la rutina la potestad de su diaria búsqueda de Alba. Quizás por eso, tampoco hoy rechazaba del todo esa ley que le ordenó la infancia y que acaso todavía mantuviera algún valor.

* * *

Quería lucir la camisa de lino el dos de mayo, en la boda de Ángel y Fermina, los del bar de atrás, pero faltaban dos meses, de modo que ni enhebró la aguja. Agobiada por las tribulaciones de la carísima compra, del carísimo marido y de la amiga rica, necesitaba un calmante del doctor Hernán, y esta vez no aguantó la espera.

Se levantó arrancada por extrañas fuerzas. Se enganchó el bolso. Desplegó el abanico. Arrojó los trapos manga por hombro. Abandonó las líneas del televisor a su caída; la casa, a su tumulto... Y así, confiada en las cápsulas de Albego y en las tabletas de Deftan que le pediría al jefe, se enfrentó, por ahora sin ellas, con la fatiga, con la aflicción, con la fobia a

los espacios descubiertos, y entró en el portal número tres de la Plaza del Arroyo, a las ocho en punto de la tarde de un miércoles inadecuado para leyendas rancias y para encuentros inesperados.

Había llegado tantas mañanas con esa misma obcecación, que el ajuste de sus tirantes y el atropello con que llamaba a los ascensores se le figuraban pulsos ganados de antemano, proezas de la inercia, el sacrificio de un nerviosismo ritual, representado para satisfacer a la rutina y —ahora, también— a las burlas de Claudia, que apareció, corriendo, detrás de ella.

—¿Sigues agorafóbica perdida? Cuando cruzas una plaza, no ves a nadie.

—Desde mi casa, hay ciento setenta pasos hasta aquí, cincuenta más si bordeo por la acera —contestó María Cruz, algo lela, encogiéndose los hombros al tonillo jocoso de Claudia, la más joven de sus siete hermanas.

Su presencia resultaba extraña, porque no le tocaba traerte a madre; pero, como María Cruz aprendió en la consulta del doctor Hernán, el azar no descansa hasta que nos devuelve sus fantasmas.

Claudia Salandra era la única hermana que le hablaba aunque, en teoría, llevase cinco años sin dirigirle la palabra. Muchos kilómetros de carretera la apartaban de las otras, pero de Claudia la despegaba Claudia en sí; Claudia, con sus regaños e indiscreciones. Las demás le enviaban postales navideñas; ella le enviaba a Emilia Martín, su madre, cuando, de ocho en ocho meses, completaba el periplo por las islas dispersas de su prole. Así, aunque no viviera lejos, Claudia tan sólo venía una o dos veces al año. Aparcaba su coche en la calle de atrás, cargaba a madre en brazos, la aseguraba con cinturones a su sillón de enea y, como sin querer, igual que ahora, rompía su silencio con el asunto mismo por el que lo guardaba: con que la quería bien, con que debía de estar ciega, con que su marido sacaba ventaja de ella, bendita de Dios, infeliz y boba, y que por eso regresaría, por el

interés, por la cama de laca japonesa que María Cruz había comprado a peso de oro, con un cheque sin fondos, y que acabaría quitándole el sueño.

—Me lo ha contado tu hijo Alejandro, y es como para matarte. Yo, en tu lugar, no habría perdonado a ese mostrenco marido tuyo —porfió su hermana ahora, en el portal de Celso.

María Cruz se volvió a ella. Le admiraba, si bien con cierto halago, que anduviese tan atrasada en los asuntos de su familia. Y es que, después de aquel perdón que Claudia le reprochaba, María Cruz se había arreglado con su hombre en seis o siete ocasiones más. El juez les marcó cien metros de distancia mínima, pero si Aurora no envalijaba entre sus cosas el sueño argentino, no mediaría ni el aire entre ambos, dijese Claudia lo que dijese.

— ¿A quién se le ocurre comprar la cama en que te engañan, Mari? En fin, no te avergüences: no vengo a discutir contigo. Estoy aquí acompañando a una persona que conoces bien y que tiene de Hugo más quejas que yo.

María Cruz desvió la vista de su hermana, tan Poca Sangre como su padre. Se le agolpaban los suspiros en el cuello cada vez que pensaba en su compra, pero una mujer con túnica larga y paraguas ocre, que estaba tropezando en el umbral, acaparó su atención en seguida.

Atónita, inmóvil, como de hielo, María Cruz se enfrascó en aquella especie rara de lunática. Irrumpía en el portal con los ojos al bies, como una yegua indócil; tan fulgurante y deslumbrada, que le pisó las zapatillas nuevas.

Aquella dama de tiros largos gastaba paraguas los días de sol. Relinchaba, piafaba, arqueaba el lomo con violencia para sacar el pie del dobladillo de su túnica dorada y negra. Sacudía su pelo largo, su cuello en arco, y daba grandes y hondos zapatazos del umbral a la puerta, de la puerta a María Cruz; saltando, trotando, arrojando por los aires el periódico,

levantando las manos y posando, impetuosa, las cuartillas; como un coloso radiante al que hubiera abatido un león.

— ¡Alba Nagua! —exclamó María Cruz, por segunda vez ese día.

Llevaba veinticinco años sin cruzarse con ella. Sin embargo, instantes atrás, había recordado a la niña que fue su mejor amiga; a la pequeña de los tres hijos de doña Sole, una alemana desquiciada y espantosa, y de un gitano andaluz al que llamaron Brujo —su nombre no conseguía ponerlo en pie— que llegó a Zaranda con toda su familia el día del incendio en la dehesa en que María Cruz confundió con cáncer su primer periodo.

— ¡Alba Nagua! —exclamó.

Su nombre fue engranando recuerdos y presagios.

Se habían separado en el 69, aunque volvieron a verse alguna vez en el 70. La ocasión había esperado veinticinco años para reunirlos precisamente aquí, precisamente ahora. María Cruz entendió que los recuerdos que creía inventados eran auténticos. Aquellos tumbos le devolvían, fresca y entera, su memoria. Un cristal y otro, y los espejos del ascensor calibraron por sí solos lo que la vida otorga y lo que la vida recupera. Mirándola, entre caer o no caer, ya sólo parecía inverosímil el encuentro en sí: la misma letra, la misma planta, el mismo ascensor...

— ¿A qué piso vas? —preguntó María Cruz, aferrándose al bolso.

Era el producto de la habilidad de sus manos; fuera de él, sus manos se perdían. Toqueteó el revés de sus bodeques y palpó los frunces del abanico, el esponjoso monedero y las llaves gélidas, hasta que dio, por fin, con la espiral de vacilante caligrafía.

— ¡Jesús, María y José! ¡Por una vez nos encontramos sin que tenga que llamarte! —dijo Alba. Alba Nagua. Alba Nagua lo dijo. Lo gritó con la boca entreabierta y la mirada hundida en las rendijas de su puño cerrado.

—Te equivocas, Alba. Hoy también me has mandado llamar.

María Cruz abrió la mano; extendió su alianza de papel casi como una venda en las pestañas de Alba y, en cambio a ciegas ella, gravemente, citó de memoria lo que el ribete de papel decía.

—Ven a buscarme. Lo firmas tú —suspiró, agotada bajo el peso de las tres palabras.

— ¡Diablos! Mi padre llevaba razón en que tienes poderes. No me vendría mal que te asociases conmigo... ¿Sigues trabajando en el quinto?

María Cruz observó el anillo de estraza que Alba se había puesto en el dedo y asintió en silencio. De su boca no salió más que el aire que le llenaba la cabeza. Círculos blancos y poderes secretos le habían insuflado en el juicio, con todo el lujo de sus palabras, la historia del indio Bagual y de Auca, su yegua.

— ¡Vamos allá! —dijo Claudia.

Las miradas de Alba y María Cruz eran mensajes cifrados con una vieja clave que ella no entendía.

* * *

María Cruz miró al exterior un instante por entre las acacias de la calle soleada. Fuera de Alba, todo lo vio en negativo; todo lo blanco, negro; todo lo negro, blanco, excepto su presencia milagrosa. Alba se materializaba una vez más en su atmósfera asfixiante, como una salida, como una ventana del tamaño de un yoyó.

“Mi hermana, que tiene a Hugo por un manirroto, le habrá dicho: ‘No le *pagues la obra a mi cuñado, dale el dinero a Mari Cruz, que lo empleará mejor*’. Habrán ido a casa; me habrán visto en los portales y me habrán dado una voz, pero yo, agorafóbica perdida, no escucho a nadie cuando cruzo una plaza; ni siquiera cuando me siguen con un millón”.

María Cruz arrojó sobre la lógica esos cheques en blanco con los que resistía la soledad. Incluso antes de subir al ascensor, su boca había tomado un gusto de llave roñosa, de moneda. El pendiente, la gargantilla y el brazalete de Alba tintineaban en sus oídos como cajas registradoras. Vigilando sus bolsillos, presintió tan próximo el dinero, que le fue necesario entretener las manos en el bolso, para no extenderlas.

—Enero del 95. Caducó hace semanas.

María Cruz leyó entre dientes la fecha impresa en un paquete de píldoras moradas que despedían el hedor agrio de las boticas y encontró en el espejo del ascensor sus enormes pupilas azules y el veneno malva de sus ojeras. Con la esperanza del cobro, se le había ido más fuerza que al frasco de pastillas.

“Morenita me era yo. Dicen que sí, dicen que no”, tarareó mentalmente. Con dos brazadas, espantó la ansiedad de sus hombros al aire, de la bata a rayas rojas- blancas, en espina de pez, de la cintura blanca, escote blanco, playeras blancas... Pretendía disipar con la palma de la mano su extraordinaria vulgaridad y ahuecarse el pelo que le aplastaba las sienes vacías, descuajadas.

A la vista de su figura, le resultaba irreconocible la arrogancia de su mocedad. Antaño regía las acciones de Alba, era su golosina y su pesadilla. El día que le arrancó una hoja a su diario con pastas de nácar y alborotó la clase para abrumarla; el día que le hizo probar sorbetes del vertedero y los tomó ella misma con repugnancia coja, tampoco se habría imaginado con sus ideas en deuda y su mirada suplicante de hoy. María Cruz obtenía entonces las mejores notas, los premios más certificados, más fuertes empujones de los chicos, más oportunidades. El padre de Alba había ganado ya para una mansión y para una criada, pero Alba barría la acera con ademanes de sirvienta, y a María Cruz la obligaban a hacerlo. Por eso la buscó a diario. Altiva y furiosa, gritaba: ‘¿Dónde está Alba?’. ‘¿Quieres

entrar?’, le decía su aya, cálida y negra. ‘No’, respondía María Cruz, y otra vez su cabeza gravitaba, como un átomo más, en la negrura de su pasillo.

Después de tantos años, era normal algún rencor hacia la vejez recién descubierta; sin embargo, Alba miraba y remiraba la espiral de papel, ahora en su dedo, como oprimida por algún remordimiento. Ajena a las cuentas galanas de su vieja amiga, ni siquiera le explicó la razón de su visita.

A María Cruz le pesaba haber provocado esa distancia. Subió los cinco pisos invocando su nombre. Alba Nagua. Deseaba que Claudia lo pronunciase para no verla como a una extraña; para no desconfiar de ella, de sus perfiles serpenteantes, de su resabio de pomelo, de su túnica veraniega y de su paraguas absurdo color vainilla. A la altura del quinto, incluso el mensaje que enrollaba en el pulgar le pareció ya un truco inaceptable.

Su única certeza era que Alba también había ganado ya para una mansión y para una criada. Todo en ella indicaba, por qué no decirlo, un porvenir más holgado que el suyo; un porvenir del que María Cruz aún esperaba arañar al menos el millón de la reforma cuando llegaron a la planta y al alféizar del ‘Doctor Celso Hernán. Neurólogo y Psicoanalista’, y pegaron juntas, juntos los nudillos, en la misma placa... Lo malo es que lo hicieran por razones tan diversas.

* * *

El doctor Hernán las recibió con un recelo casi descortés. A María Cruz, su asistente desde que el padre de Alba se la recomendó en el 69, le había afeado que no supiera dominar sus nervios pero, en tanto que él despachaba el asunto de las otras dos, le permitió que se sirviera sola el calmante de su agrado.

Y entre fármacos llevaba dos cucús de aquel reloj intruso. Acechaba a la visita tras el botiquín de cristal, apostada en las brechas de su propio vaho y en el polvo de la química

dispersa que no limpió por la mañana. Aún no había desurdido el asunto que había puesto a la bruja ante el psiquiatra.

Meses atrás, en el debate *Derecho a réplica*, Celso dejó bien claro su concepto de Alba.

—La puso de sacamuelas para arriba —le había contado Chelito a su madre—. Que si lo suyo no es terapia, que si lo suyo es un gazpacho de lo poco que sabe y lo poco que inventa; que si le saca punta al abracadabra, al espiritismo, a los amuletos...

Sin embargo, Celso se mostraba hierático ahora. Parapetado tras el orden de su mesa, se frotaba la calva como en una sesión de psicoanálisis cualquiera. Frente a él, reclinada en el diván de armiño, Alba paseaba los ojos, en sonrisa perdurable, por los rincones pálidos de la consulta, y lo hacía con tal familiaridad como si fuera ella quien recibía visita. Miraba, adormecida, los cuadros que nublaban las paredes —locuras de inexpertos con pincel que vertían sus compulsiones en la sala inmaculada—; sus garras grises, sus nieblas, sus cadenas, sus tormentas, sus rombos deformados...

Sin parar de hablar, Alba se volvía a la ventana, al minio viejo de la escalera de incendios, como si recibiera su propia voz desde algún punto del cielo, aún deslumbrante.

—Mi trabajo consiste en escuchar, en ayudar, en ofrecer salidas —exhalaba, entre suspiros; tan pálida, cristalina y luminosa, que sus ojos entornados, acaso algo miopes, parecían espejos. A María Cruz Salandra se lo parecieron.

Muchos años atrás, ese mismo diván de pintas negras aplacó los últimos vuelos de la locura congénita de doña Sole, la madre de Alba. Pero Alba sí parecía serena; disertaba con calma empalagosa sobre la paciencia, sobre la piedad, sobre los infelices que huían de la desesperanza por el pabellón espiral de su oreja.

—Cada profesión, lo suyo. El taxista te lleva y te trae; el maestro te enseña a leer y el pastor te vende cabritos. Yo escucho. Llevo muchos años dedicándome a ser tolerante, pero hasta mi flema se puede acabar —avisó, con dulce monotonía.

Exploró el botiquín con la vista; se encaró a María Cruz, tomó aliento y, segura ya de que su vieja amiga no se iría de la sala sin el porqué de su presencia, arrojó sus siniestras razones con el mismo sonsonete episcopal con que venía callándolas.

* * *

—¿Qué esperas tú, Celso, de un albañil? Yo no soy quisquillosa. Por mi parte, lo único que espero de un albañil es que chapee un horno, que encale un sótano y tareas por el estilo. Nada especial, me parece... Lejos de eso, el que tú me has recomendado corretea por mi sala de espera con una idea fija: que yo pierda la clientela. Ese epiléptico desahuciado del andamio te está muy agradecido, ¿sabes? Te aseguro que me importa un rábano que le busques trabajitos con que ganarse la sopa boba... Tampoco me fastidia demasiado su vagancia; lo que me tiene frita es verle repartir tu dirección, la dirección de esta consulta. Por ahí no paso; te lo deba o no te lo deba, por ahí no paso. Está difundiendo la vieja fábula de que todo el que se ponga en mis manos arderá en el infierno. Sé muy bien de dónde proviene esa calumnia que manchó el buen nombre de mi familia: de Zaranda. Dejé ese maldito poblacho para librarme de la leyenda y, por hacerte un favor a uno de sus paisanos, me veo otra vez metida en ella.

María Cruz no distinguió, de plano, ningún desdén en ese tono melifluo de mártir boba. Creyó, en principio, que se trataba de un juego de palabras y, después, que era ella quien escuchaba mal. Pero, en seguida, una hiel incapaz de engañarla se le vertió en la boca del estómago. Claudia había emponzoñado contra Hugo a su amiga del alma, que

ahora ensartaba allí, ante su jefe, aquellos disparates; como si María Cruz no fuese su mujer, como si no existiera.

Con tal ímpetu agarró las tres pastillas, que se clavó las uñas. Salió del rincón moliéndolas a pellizcos y, ya fuera, expuesta a las quejas de Alba, buscó en el psiquiatra algún apoyo, alguna directriz para los sentimientos desorbitados.

El doctor Hernán, de espaldas a la ventana, como encorvado bajo la plomiza escalera de incendios, levantó la mirada del recetario en que blandía su firma y adivinó al instante su desasosiego, pero tampoco él era dueño de sí. María Cruz lo conocía: toda su indiferencia era postiza.

—Daría un dedo de la mano para no tener que decir esto —siguió Alba.

Cimbrea el pulgar en que se había enrollado ahora el desvaído ‘Ven a buscarme’ de la caja del espejo, como si fuera el pulgar, y no otro, el precio de su secreto.

—No quería decírtelo por María Cruz, Celso, pero Hugo es un mirón, un... degenerado. Acosa por los rincones a mi hija Araceli y, mientras la vigila, sin un pestañeo, hace propaganda del psicoanálisis, de tu psicoanálisis, claro.

Sin incorporarse apenas, arrojó una tarjeta de Celso, moteada de cemento, en los papeles que él llenaba de ásperos plumazos. Después, se hundió como un muelle en el diván y sopló débilmente, deshinchándose del todo, como quien ha cumplido un penoso deber.

A despecho de su despecho, María Cruz se había deslizado hasta el escritorio, con paso ingrávito. Mareando un frasco de Clarmyl, atendía a las margaritas que Celso Hernán dibujaba ahora en su propia tarjeta, entre salpicaduras de cemento.

—Espero que lo comprenda, *doctor* —dijo Alba.

El doctor, distraído en su jardín de tinta, alzó el papel y señaló sus diplomas con ademán remilgado.

—No tengo por qué comprenderlo —gruñó.

María Cruz se llevó un comprimido de Clarmyl a la boca. La amargura no le afectaba únicamente al paladar. ‘Alba Nagua se disuelve en *benzodiazepina*’, musitó, mordiendo la píldora como si la odiase.

—Me recuerdas al Papa, dirigiendo su *Evangelium vitae* a los médicos del mundo —decía el doctor Hernán—. Por eso, espero que comprendas tú, *doctora*, que mi trabajo es una ciencia. Mi trabajo no se basa ni remotamente en la comprensión.

Sus ojos parecían tan chispeantes ahora, que Alba se incorporó sobre el armario.

—Llevas razón; no es lo mismo una parapsicóloga que un psicoanalista. No somos iguales. Pero, palabra de honor, amigo, si alguien te removiese los cimientos...

El doctor Hernán puso una mueca de alerta. Esas campanadas de voz prevenían al científico de su fuero interno. María Cruz, a su lado en la mesa, miró a su hermana Claudia y, fija en las necrológicas que leía, se estiró también.

—Lo llamé para un tabique y me está hundiendo la moral. No soy la bruja incendiaria que él pinta de mí. Tengo tantos diplomas como tú, Celso, y, además, receto ilusión; pero en mi consulta hay un albañil...

—¿En tu *consulta*? —la interrumpió Celso.

Crispando los músculos de la cara, tachaba de irrisoria su última palabra.

— ¡No fastidies, Alba! —continuó, sarcástico—. Tienes albañiles para levantar varias catedrales. Te sobran arquitectos y peones. Te sobran parados, incautos sin pensión, con tan pocas luces como para poner sus ahorros en manos de una curandera santurrón, y tan muertos de hambre como para tragarse tus ensalmos y tus galletas.

* * *

Alba Nagua desordenó con la yema de los dedos su melena negra y bajó la cabeza a regañadientes. No se resignaba a la incompreensión. Repetía despacio, de una y mil maneras, como chapurreando en otro idioma, que sólo su padre usó la técnica de las galletas, allá en Zaranda, que María Cruz se las guisaba y se las cocía; y que ella, aunque las tildaba de ‘intragables’, las pagaría muy bien si María Cruz se las hiciera.

Alba no dijo el nombre de su padre, aquel gitano de manos cálidas, barba hendida y lustre de piedra pómez en las mejillas. María Cruz, por sí misma, no logró ponerlo en pie. Recordaba, únicamente, que los sudores del Brujo atraían más zarandeñas que sus filtros de amor. Con todo y eso, había bastado una alusión a las pastas de cebolla para que a María Cruz le llorasen los ojos. Sus dulzones refritos le crepitaron en los oídos y los ensordecieron, desprevenidamente. Tras una sola vuelta a las hornadas mañaneras de su infancia en el pueblo, el Clarmyl que masticaba le dejó en el paladar como un gusto a levadura. Se diría que el horno en que coció las galletas para el padre de Alba, aclarando remotas fragancias de membrillo y malvavisco, le caldease la cabeza.

Arrebatada por aquellas brasas viejas, María Cruz apenas entreoyó los chistes de Claudia sobre el recelo de Hugo por lo esotérico, sobre sus machadas, sobre su amistad con el doctor, una amistad con tonillo de burla en la que ella ni reparó. Le chispeaban los recuerdos y divisaba como a través del humo aquella cuerda cómplice que se tendía entre Alba y su hermana.

—No necesitamos que admitas lo anormal que es mi cuñado, Celso, ni lo chismoso, ni lo mirón —escuchó vagamente, con otros desaires de poco más o menos, desde casi trescientos kilómetros de distancia, desde casi treinta años atrás.

Claudia le parecía irreal como el avance de las nubes y de la tarde. Antítesis de los desnudos camales que copiaba, era un diagrama en papel de cebolla, y a María Cruz se le consumía ante la vista con sólo un fogonazo del pasado.

— ¿Mirón? —repetía Celso, como en eco—. ¿Y a quién se supone que mira, Alba?, ¿a tu hija Araceli? Pues entérate: sí Hugo es un mirón, Araceli es demasiado *mirada* —recalcó—. Es un prodigio en las despedidas de soltero. Por arte de birlibirloque, surge con sus cabriolas y su lacito del pastel menos pensado, luciendo moreno. Sinceramente, chicas, creo que ése no es trabajo para Sor Modesta.

Araceli, esa desconocida animadora de juergas masculinas, brotó, fulgurante, de los celos de María Cruz. Aunque lo cierto es que escuchó de ella muy poco. Era como si los tímpanos le ardieran con la carbonilla de aquel horno ahogado desde la tarde que se casó, a sus floridos diecisiete años, los mismos que en octubre cumplía Consuelo, su hija menor.

Aquellas lumbres, entre las que Alba intentaba poner tierra, la iluminaron. Ahora entendía por qué no había permitido nunca que Hugo cambiase el viejo y desquiciado fogón de leña: porque el fogón era como un nudo en el pañuelo. Siempre esperó de ese armatoste metálico que le trajese algo a la memoria y, tardón por costumbre, ahora se lo traía; ahora le recordaba las galletas —o ellas a él—, los dulces de malva, toronjil o hierba mora que María Cruz elaboraba a su capricho, según tuviese el día. Las coció para el Brujo cuando su hija Alba no imaginaba aún que oficiaría también de curandera.

María Cruz dejó Zaranda y dejó al Brujo —enfermo y retirado— llevándose las mañas pasteleras consigo. Cinco o seis meses después, cuando ya no esperaba que sus milhojas curasen a nadie, se casó con el Crines. Aquel sábado de marzo, pocas horas más tarde de que el juez legalizase el matrimonio, Hugo bebió una pitarra contraindicada en su medicación y acusó a María Cruz de haberle encantado con sus moldes, de haberle amoldado a sus encantos. Ebrio, furioso, de muy mal vino, le dio por decir que aquellos dulces le habían atado a ella, que eran culpables de su mansedumbre, en realidad indócil, y se ensañó contra el galletero. Así fue como rompió el espejo. Estampó contra la verja del bar de atrás el pasado alquímico de María Cruz y sus pastas de anís, los únicos manjares de

una celebración tan imprevista, que no hubo despedida de soltero ni doncellas desnudas con lazos en la melena.

Una hilada de hormigas se llevó los restos de anís que le quedaban de Zaranda. Hoy, a sus cuarenta y cuatro años, distinguía la procesión de migajones con una nitidez que causaba mareo. Ya sólo habría convite dentro del hormiguero. La diversión se había acabado. Tras aquel sábado de marzo, María Cruz no pondría nunca más las manos en harina. Al fin y al cabo, las curaciones que tan secretamente se atribuía no guardaban más leyes que las del azar. Mezclaba esto y aquello, a pulgaradas, y echaba sus remedios en un bombo, por si acaso tocaban a cada cual donde le doliera.

No, Hugo Crines no se acobardaría más a causa de las galletas, porque María Cruz Salandra ya no esperaba milagros. Alga Nagua, hoy su deudora, le juzgaba erróneamente. Sus protestas eran sordas y mezquinas. Pero el horno, también ruin, de la memoria de María Cruz no se extinguió del todo hasta que supo el verdadero móvil de la discusión.

* * *

Alba no pagaría la reforma.

— ¡Ni una peseta! —afirmó Claudia, tras el goyesco abanico.

Sólo entonces, se enfrió María Cruz. Le habían echado las deudas encima y los hombros abajo, más abajo que el delantal que oscilaba en la percha, más abajo que si cargara en ellos la cama, aún desarmada, que adquirió en la subasta. Adiós a la Pampa. Adiós a Hugo. De tal modo crispó los dedos en la esquina de la mesa que, tal vez, el doctor le chilló a la Bruja por piedad hacia ella.

—Hugo Fuentes no tiene otro problema mental que la epilepsia, puedo certificar eso; en cambio tú... tú debes de estar loca —gritó—. De sobra sé que no lo contrataste por

Zaranda, ni por María Cruz, ni por mi tía Guáchara. Lo contrataste por miedo al colegio de médicos. Puedo hacerte mucho daño. Alba... ¿Y aún dices que no pagarás?

— ¡Ni una peseta! —porfió Claudia.

El doctor la ignoró. Se puso en pie, hinchó los pulmones y con una voz agreste que sólo sacaba con ciertas mujeres, le dijo a Alba:

—Entonces, te aconsejo que claves alfileres en mi retrato y planifiques con mucho cuidado lo que vas a hacer, Alba, porque no consentiré que un diablo predicador se entrometa en el campo de la medicina y acose a mis pacientes.

—Guardaré alguna de tus tarjetas para el día en que me hagan falta tus consejos —dijo ella, triste y espigada dentro de la túnica, como un ciprés.

El doctor prensó en las manos la cartulina manchada de cemento, la encajó con un quiebro de muñeca en el paraguas de la Bruja y se dirigió hacia el diván de pintas negras. De camino, arqueaba la espalda como un gallo de pelea.

—No te vendría mal un psicoanálisis, querida. Me sorprende que te hayas atrevido a desafiarme; cerraría tu garito con menos razones de las que me das, de manera que no vuelvas por aquí. Ni con tarjeta ni sin tarjeta.

Alba asintió.

—No necesito clarividencia para saber por dónde respiras, Celso —dijo, moviendo el pulgar que aún mantenía su vieja alianza, el ‘Ven a buscarme’ de la caja del espejo.

Giró hacia María Cruz y añadió en un susurro:

—Me hubiera gustado verte en otras circunstancias, pajarillo.

Claudia dejó el abanico de su hermana en la rinconera y le lanzó un beso. María Cruz, desarbolada, no respondió a su despedida. La vio alejarse por las blancas losas y cruzó los dedos. Alba cerró la puerta con suavidad. Su olor quedó en el aire, mezclado con el aroma

de una lluvia repentina que justificaba sus dotes hechiceras y su paraguas absurdo color vainilla.

María Cruz dio un trago a la botella de agua que había sobre la mesa del doctor, pero la hiel seguía en su boca. Se llevó la mano a la garganta, una mano que hubiera podido ser la de Alba y aliviar a un enfermo con esa languidez. Ahora todo su cuerpo la emulaba; reproducía sus vaivenes de seda, se reclinaba, como ella estuvo, en el diván, a punto de quebrarse en pedacitos, y respiraba hondo, sin lágrimas que llorar.